

16

ORACION FÚNEBRE

de Nuestro Católico Monarca

EL SEÑOR

D. CARLOS III,

Que en la Iglesia del Seminario Conciliar de la Ciudad del Real de las Palmas, dixo el dia 17 de Marzo de 1789, á la Real Sociedad Económica de Amigos de la Gran Canaria,

D. JOSEPH DE VIERA Y CLAVIJO,
Arcediano de Fuerteventura, Dignidad de la Santa Iglesia Catedral de Canaria, Individuo de la Real Academia de la Historia, Sócio de mérito de la misma Real Sociedad Económica de Amigos de la Gran Canaria, y de honor de la de Tenerife, Historiógrafo de estas Islas &c.



CON LICENCIA

En la Ciudad de la Laguna, Capital de la Isla de Tenerife: por Miguel Angel Bazzanti, Impresor de la Real Sociedad, Año 1790.

ORACION FUNEBRE

EL SEÑOR

D. CARLOS III.

Que en la Iglesia del Seminario Conciliar de la Ciudad del Real de las Palmas, dixo el dia 17 de Mayo de 1799, la Real Sociedad Económica

de Amigos de la Gran Canaria, D. JOSEPH DE NIERA Y CERNIZO, Secretario de Fortificación, Ríginidad de la Real Academia de Ciencias, Indiferente de la Real Academia de la Historia, Socio de mérito de la Real Academia Económica de Amigos de la Gran Canaria, y de honor de la de Tenerife, Historiador de estas Islas.



CON LICENCIA

En la Ciudad de la Laguna, Capital de la Isla de Tenerife: por Miguel Angel Bazzani, Impresor de la Real Sociedad, Año 1799.



Honestum fecit illum Dominus, et custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et dedit illi claritatem aeternam.

El Señor le dotó de honestidad, le resguardó de sus enemigos, le preservó de los seductores, le expuso á terribles combates para que venciese, y le dió una celebridad eterna.

En el capit. 10. del libro de la Sabiduría.

Bien lo veis, Real Sociedad de Amigos: toda la faz de la Monarquía está cubierta de luto, índice de su pérdida y de su dolor. Bien lo sabeis: despues de un reynado dilatado y glorioso ha fallecido nuestro muy amado Rey y Señor Don Carlos Tercero.. Carlos III, Católico, Pio, Augusto, Feliz, aquel Rey de medio siglo y de medio mundo, sucesor de tantos Monarcas, heredero de tantas coronas, descendiente de tantos Soberanos, Padre de tantos Príncipes, defensor de tantos vasallos, exemplar de tantas virtudes: Carlos III, aquel Monarca esclarecido que dictaba nuevas leyes á la Jurisprudencia, que infundia nuevo valor á nuestras armas, que daba nuevo crédito

4
dito á nuestra Política , nueva vida á nuestro comercio , nuevo lustre á nuestra literatura , nueva industria á nuestras artes , nuevo fomento á nuestra labranza , nuevo impulso á nuestro gobierno , nuevo aspecto á nuestra Nacion , nueva Epoca á nuestra Historia . . . Cárlos III há fallecido como qualquiera de los hombres , y ha caido como uno de los demas Príncipes en aquel abismo insaciable donde desaparece toda la gloria y magestad (*Psalms. 81.*). Ah! y quan grande , quan respetable no nos parecia á todos nuestro buen Rey en estos últimos años de prosperidades y de paz! El era necesario para la dicha , y aun para la vanidad de la Monarquía . Venerado como el Patriarca de los Soberanos de Europa : constituido el Arbitro de sus diferencias : servido de sus leales vasallos : idolatrado de sus innumerables pueblos : amado tiernamente de su augusta familia : nosotros nos lisongeábamos , confiados en su robusta complexión é inalterable régimen , que el cielo se complaceria en prolongar algunos años mas tan preciosa vida . Pero tú , ó Rey de Reyes que solo eres Rey de los siglos , eterno , é inmortal : tú que llamas á la nada , y haces que te responda : que mandas mudar todas las cosas , y ellas se mudan : tú que destrozas los Reyes de la tierra en el dia de tu ira , y aun de tu clemencia : tú tenias señalado en el libro de tus inevitables decretos el fatal instante en que debias inmolar á tu grandeza esta ilustre víctima que habia coronado con tanta magnificencia tu mano poderosa ; y desde que hallaste á Cárlos digno de tí , ya nosotros no éramos dignos de él .

En acontecimiento tan lamentable yo no vengo á insistir ahora sobre la nada , la ilusion , la miseria de las grandezas humanas , siempre comprobada y

siempre mal conocida. Yo no diré que los tristes despojos de Cárlos III sirven de lección á los Reyes que han de morir: esto seria decir muy poco; y mas bien diria que su memoria servirá de escuela y de modelo á los Reyes que han de reynar. Con efecto, la vida de un Christiano particular acaba con su muerte; la de un Rey poderoso no reconoce límites. El muere; pero siempre vive su fama. El muere; pero juzgado ya en la eternidad, todavía está presente en el tiempo. La justicia del mundo acompaña á la justicia del cielo, y aquella suele ser tan incorruptible como esta, y á veces mas inexorable: de manera que para los Monarcas veo yo dos verdaderos manantiales de gloria, ó de ignominia, la Religion, y la Historia: dos soberanos jueces, Dios, y la Posteridad: Dios terrible, que quita el espíritu á los Príncipes, y los castiga ó galardona: la Posteridad imparcial, que aparta los respetos humanos, y los aplaude ó abomina. No, no recelemos nosotros citar á ambos tribunales al invicto Cárlos III, ni temamos hacer ante los altares del Dios de las virtudes, en cuya presencia las Reales cenizas se humillan, el merecido Elogio fúnebre de sus memorables acciones.

Aquí no tendrán por cierto lugar aquellas exageraciones estudiadas que suelen desautorizarlos, ni Dios permita que yo haga semejante injuria á mi ministerio, ni á mi Héroe. No ignoro que aun las cenizas de los Reyes son respetadas de los hombres: vivos los adulan, muertos los alaban; y una Oracion fúnebre no suele ser por lo comun, sino la última lisonja á que está condenada la dignidad suprema. Pero, vuelvo á decirlo, aquí no es la costumbre, no es el mandato superior, no es el interes el que tiene parte

en

en esta demostracion: es solo el amor, es la admiracion, es el reconocimiento debido á un Monarca grande y benéfico (á vuestro Fundador, á vuestro Protector y Bienhechor, ó Real Sociedad de Amigos de la Gran Canaria) lo que os obliga á tan religioso testimonio de fidelidad y homenaje, inútil quizá para ensalzar sus virtudes; pero necesario para inmortalizar vuestra piedad en los sufragios, y vuestra gratitud con los Elogios. Mas, despues que un Maestro de la Oratoria Christiana (1), intérprete del dolor público, parece haber agotado vuestra sensibilidad; que podré hacer, ni decir yo, que sea digno de nuestro difunto Rey? Me acordaré de que no es propio del instituto de las Sociedades Económicas la Retórica; y que sus individuos, acostumbrados á las expresiones modestas con que tratan los asuntos familiares de su inspeccion, mirarian qualquier pompa de eloqüencia como un language extrangero de su pais. Me acordaré de que una Sociedad de Amigos, para significar un dolor vehemente, mas que de las palabras, deberia valerse del silencio, como lo practicáron los Amigos del Príncipe de Idumea, quienes enmudecieron siete dias y siete noches á vista de su desolacion (*Job. 2.*).

¿ Y quien puede hallarse tan penetrado como yo con la memoria dolorosa del mejor de los Reyes? Testigo por seis años continuos de las acciones de su vida arreglada, en todas las Jornadas y Reales Sitios: familiarizado con los Grandes que se acercaban cada dia

(1) D. Luis de la Encina, Canónigo Magistral y Vice-Director de la Sociedad en las Reales Exéquias que habia celebrado el dia 19 de Febrero la Ciudad de Canaria en la Iglesia Catedral.

dia en el palacio á su sagrada persona: perteneciendo
 á su Real Casa por los fueros de individuo de una
 de las mas antiguas Academias Literarias de la Corte:
 y admitido repetidas veces al honor de besar su Real
 mano, señaladamente con motivo de presentarle en
 Diputacion las Oraciones Gratulatorias de aquel muy
 ilustrado cuerpo; como puede dexar de conmovér-
 se en este instante todo mi espíritu con la amarga re-
 presentacion de su pérdida Augusta Sombra!
 Alma ínclita de Carlos III, perdona si te elogio.
 Yo no he olvidado el desden con que mirabas las ala-
 banzas, cuidando de huirlas tanto como de merecer-
 las; pero ya diste bastante á tu modestia, déxanos
 ahora en libertad, pues tu reputacion, que ya no
 es tuya, es la única vida con que existes entre noso-
 tros. Quando mi débil voz celebraba, casi á tus oi-
 dos, las glorias de Felipe V el Animoso, tu digno
 Padre (1); y quando, órgano desproporcionado del
 Númen de la Historia, aplaudia las felicidades de tu
 augusta familia, los laureles de tus últimas victorias,
 y las olivas de la paz que diste á la Europa (2); quien
 me diria que tambien habia de pronunciar yo en
 medio de mis compatriotas esta oracion fúnebre en tu
 fallecimiento?

Obligado pues por tantos títulos á emprender un
 Elogio, que en mis labios quedará inferior á la gran-
 deza

(1) *El Elogio de Felipe V Rey de España, al
 qual se adjudicó el primer premio de Eloquencia por
 la Real Academia Española en 1779.*

(2) *La Oracion de la Real Academia de la Historia
 al Rey con motivo del nacimiento de los Infantes gemé-
 los y de la paz.*

deza del asunto, no puedo apartar del pensamiento las palabras del libro de la Sabiduría, que al principio dexé anotadas, pues no parece que las dictó el Divino Espíritu, sino para decsifrar con ellas el carácter de nuestro Carlos III. El Señor le dotó de honestidad: ved ahí la amable virtud que esmaltó todas su virtudes: *Honestum fecit illum Dominus*. Le resguardó de sus enemigos: ved ahí sus gloriosas conquistas y sus campañas: *Custodivit illum ab inimicis*. Le preservó de los seductores: ved ahí su Política y su consumada prudencia: *A seductoribus tutavit illum*. Le expuso á terribles combates para que venciese: ved ahí los varios sucesos de sus armas: *Certamen forte dedit illi, ut vinceret*. Y por último, le concedió una celebridad eterna, porque su celebridad se extenderá de generacion en generacion por todo el mundo: *Et dedit illi claritatem aeternam*.

Que otros Oradores Sagrados elogien á nuestro difunto Monarca con los epítetos sublimes de Carlos el Grande, el Deseado, el Conquistador, el Justo, el Bueno, el Prudente, ó el *Sabio*, como él mismo deseaba, en su juventud, lo llamase la posteridad, si tuviese la dicha de merecerlo algun dia: que yo Ministro de un Dios humanado, y Orador de una Sociedad Económica, me contentaré solo con demostrar que el Señor hizo Honesto á Carlos III; que la Honestidad fué su carácter; y que sus pensamientos, sus afectos, sus acciones, todas fuéron de un Rey Honesto. Diré que mereció, y consiguió ser Sabio; pero que adquirió por medio de esta misma Sabiduría innumerable Honestidad: *Innumerabilis honestas per manus illius* (*Sap. 7. 11.*). Diré que intentó, que emprendió, y que trabajó infinito por la Patria, de

la qual era Padre y Rey; pero que el mismo Señor honestó todos sus proyectos, sus empresas y sus trabajos, y les dió la perfeccion y complemento que vemos: *Honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius.* (Sap. 10. 11.)

Si: yo no dudo, en este dia consagrado enteramente á nuestra ternura, en nombre de la España, y de la Europa, tomando la voz de la Posteridad y de la Iglesia, ei proclamar á nuestro Cárlos III, no ya al pie del elevado trono, donde el incienso de la adulacion se derramaba; sino delante de esta funesta Pira, en cuya presencia todos los tronos humillados se estremecen: no dudo, digo, el proclamarle Rey Honesto, y Rey Patriótico. La Real Sociedad de Amigos de Canaria erigirá el fiel Monumento, sobre el qual yo grabaré como Epitafio estas palabras: **CARLOS EL HONESTO: REY PATRIOTICO.** Vosotros, Pueblos Españoles que le perdisteis, venid á leerle, y quizá á borrarle despues con vuestro llanto: venid á oír la sencilla relacion de una vida sin máculas, y de una muerte sin remordimientos: venid á bendecir al Señor, que dá los buenos Reyes por un efecto de su misericordia.

§. I.

Es la Honestidad aquella sábia conducta de un alma noble, en que la regularidad de las acciones, el concierto de las palabras, y la templanza de los afectos corresponden á lo que cada uno es, ó que debe ser. De aquí proviene que el varon honesto jamas se aparta de su deber, ni se permite nada con-

B

tra-

trario á las leyes de la virtud y del honor, ni hace cosa en que no resplandezca algun principio de probidad y rectitud, ni dexa de executar con deleyte y por inclinacion todo lo que es decente, aún quando no está obligado á executararlo. Esta Divina honestidad es no solo la prenda que mas adoran los pueblos en sus Príncipes, sino tambien la que constituye el principal mérito en la Moral de un Ciudadano: la que nutre y conserva las semillas preciosas de las virtudes sociales y apacibles, y si no es el distintivo de las personas que mas se admiran, es á lo menos el de las personas que mas se estiman y se buscan. Y siendo la honestidad la que sostiene en una República el orden, la equidad, el miramiento, el decoro, el gusto, y aún el tacto de las buenas costumbres, con razon se há insistido siempre en que por ningun caso se debia preferir lo útil á lo honesto, porque lo honesto siempre es útil, y porque lo que no es honesto solo es útil por un instante.

¡ Dichosa el alma á quien el Señor adornó de esta celeste honestidad! Y mil veces dichoso nuestro amado Carlos III cuyo fondo de incomparable honestidad coronando sus gloriosas acciones, resplandeció en todas, y en cada una de sus virtudes: de manera que como este feliz Monarca nada pensaba, nada decia, ni obraba nada en que no dexase impreso el sello sagrado de lo honesto; fué esta como una raíz santa que comunicando su sabor á quanto producía, no producía por consiguiente sino flores y frutos de honor y honestidad. A fin de concentrar en los límites de un breve discurso una materia tan inmensa como agradable, dispensadme, Señores, de que siga el orden preciso de los sucesos: las hazañas de Carlos se agolpan en mi imaginacion y la oprimen.

Felipe V, para asegurar en España la nueva estirpe de gloriosos Borbones, plantada y regada con tanta sangre, se habia desposado por la segunda vez con la venturosa y Augusta Isabel Farnesio. Aquí me salis ya al encuentro, y conozco que ós estais ácordando de aquella excelsa Reyna, á quien vió nacer Parina para decoro de su sexô y del trono: Princesa memorable, cuyos talentos supiéron prever los sucesos de la Europa y dirigirlos. Cárlos fué el primer fruto de esta feliz alianza. El creció en medio de los cetros y las coronas, rodeado de toda la gloria antigua de su ascendencia que brillaba en el santuario de la autoridad y el poder. Pero Cárlos habia nacido sin corona ni cetro, y no parecia destinado sino para primer vasallo del Primogénito de Felipe, á quien el derecho de nacimiento adjudicaba todo el vasto Imperio de sus mayores. Sin embargo, creced augusto Infante, creced. La Providencia te prepara grandes destinos, y para felicidad de los pueblos, te conducirá á la Suprema Dignidad, abriéndote el camino por entre las ruinas de tu própia casa. Quatro sepulcros te servirán de gradas para subir al trono. Tu reynarás. Tu serás Rey, y Padre de Reyes.

Entre tanto ya admiraba España en su infáncia y primera juventud quantas qualidades preciosas puede haber en los pechos expuestos al orgullo de la Pro-sápia Real; hijo respetuoso, hermano tierno, súbdito fiel, Príncipe religioso, Cárlos unia todas las virtudes á todas las grandezas: pudiéndose decir, que nadie poseyó mas temprano ni en grado mas heróico la afabilidad, aquella virtud que promete, y que hermo-sea las demás. Pero sigámosle ya los pasos, echemos una rápida vista sobre el portentoso camino por don-
de

de se apresuró á correr , hasta llegar á ser el mayor Rey de la tierra : y observaremos con complacencia , como en todos sus procedimientos dexó extampados los mas claros vestigios de honestidad . Aún no habia cumplido tres años , quando el Emperador Cárlos VI , accediendo al Tratado llamado de la triple Alianza , ofreció dar las investiduras de Parma y de Toscana á nuestro Real Infante , heredero presuntivo por su Madre de estos Estados . Es verdad que la Corte de Viena , zelosa todavía de la de Madrid , difirió largo tiempo con diversos pretextos el cumplimiento de esta solemne promesa , cuyo objeto ocupó por 16 años la Política , las miras , y Tratados de la Europa ; pero en fin , se verificó . D. Cárlos , conducido por una Esquadra Inglesa de 14 navíos de línea y escoltado de una Falange de seis mil Españoles , pasa á Italia , desembarca en Liorna , es reconocido en Florencia por Gran Príncipe heredero de Toscana , y fixa en Parma su corte .

Tenia ya 18 años , y el Patrimonio antiguo de los Farnesios empezaba á gustar las dulces primicias de su nueva fortuna ; quando aquella enemiga de las fortunas humanas , la implacable Guerra , encendiéndose entre las Casas de Austria y de Borbon , de cuya rivalidad se servia entónces el Dios de los Exércitos para el equilibrio del mundo y su castigo , túvo D. Cárlos órden del Rey su Padre de marchar á Nápoles , y recuperar el Cetro de las Dos Sicilias , de que España se hallaba despojada á pesar suyo . El gallardo Infante no pierde un solo momento : y llevando baxo sus órdenes á Montemar con treinta mil Españoles , entra por aquel Reyno como en triunfo , mostrando menos el ceño de un Conquistador que subyuga , que la

magestad de un Rey que toma posesion de sus Estados. No espereis que yo os refiera aquí aquellas marchas felices, aquellas empresas fuertes en que Carlos, arrebatado sobre las alas de la Victoria, precedido de la Fama, acompañado de la Fortuna, y seguido de la Gloria militar, hizo las memorables campañas que le ciñeron el laurél, y le adquirieron la primera corona. Un Ministro de Jesu Christo no entiende de otros combates que los del Señor, ni las Sociedades Económicas pueden dexar de entristecerse al ruido de las armas, pues quisieran, como Isaías, que las lanzas se convirtieran en hóces, y las espadas en arados (*Isai. 24*). Sin embargo, como Carlos supo manifestar entónces virtudes mas bellas que los triunfos, bien podemos nosotros celebrar sin temor en el Santuario del cordero la rara honestidad, con que en medio de los furors de la guerra mantenía la disciplina de su ejército; la popularidad con que trataba á sus valientes Milicias Españolas; la magnanimidad christiana con que enardecia la intrepidez de los Gefes, la tierna compasion con que atendía al alivio del Soldado vencedor, que había derramado la sangre en su servicio, y al enemigo vencido, pero mal herido y prisionero. ¡ A quien no asombraría ver tanta honestidad en un Príncipe que alcanzaba tales victorias en una edad en que la experiencia no podía favorecer la moderacion, y quando el ardor juvenil solo encendía su pecho en la primera séd de gloria! Y si es glorioso el ganar batallas y conquistar Provincias, quanto mas glorioso no será (dice S. Ambrosio) el no dexar de ser nunca el Príncipe aquel que debe ser!

Así, cada dia recibia Carlos nuevas Diputaciones

nes en las Ciudades, que cansadas de la dominacion Austriaca, acudian á rendírsele. Gaéta obedece á la voz imperiosa de sus armas: obedece Cápua, óbranse en Bitonto mil prodigios; y despues de una batalla de tres horas, apénas se libran dos mil Alemánes de la prision ó de la muerte. Las banderas, la artillería, los bagáges, la caxa militar, todo queda á la discrecion de Cárlos, y se levanta en aquel campo una pirámide de quarenta pies de altura para monumento y troféo. Nápoles le abre sus puertas, y los moradores sus corazones, proclamándole Rey con los aplausos mas expresivos. Y faltándole ya mas victorias que poder obtener en el continente de la Italia, acésta Cárlos sus rápidos rayos contra Sicilia. Somete á la opulenta Mesina, somete á Palermo, á Trépani, y Siracusa, y en el espácio de una sola cosecha, señoréa todo aquel antiguo Reyno de Céres. Dichosos Reynos, que cosiguieron de este modo gloriarse de tener un Rey propio, dicha que no pudieron merecer en tres siglos; pero; que Rey! un Rey que unia la representacion de la sangre de España y Francia, que tanto tiempo compitieron por aquella corona: un Rey digno de ella por su virtud y singular honestidad: un Rey por quien se pudo decir que *Scyla* y *Caríbdis* amansáron sus furias, y que el *Etna* y el *Vesubio* no ardiéron sino de amor.

Asegurado Cárlos del trono de las Dos Sicilias, herencia de sus Padres, premio de su valor y del honesto motivo con que habia emprendido esta conquista: yo no os hablaré de los señalados beneficios que le debieron aquellos venturosos vasallos, sin que acabemos de ver la honestidad constante con que siempre que se halló precisado á tomar las armas, santifi-

15
có la guerra segun la expresion de Jeremías (*Jerem.*
6. 4.) Santificóla quando extinguida la casa de Aus-
tria por muerte del Emperador Carlos VI. (aquel
émulo de Felipe V, que siendo todavía Archiduque in-
tentó usurpar en España el augusto nombre de Car-
los III, que el Cielo solo reservaba para nuestro Car-
los) se conmovió toda la Europa para repartir los des-
pojos, y trató nuestra Corte, vindicando sus dere-
chos, de colocar al Infante D. Felipe en Parma y
Placencia; pues aunque no dudaba el Rey de Nápo-
les sacrificar estos amables intereses á la tranquili-
dad de sus Estados: ved aquí que una arrogante es-
quadra Británica se presenta y le amenaza con un
bombardeo en su misma Corte; un Oficial Ingles se
atreve á insultarle en su palacio, y le obliga á fir-
mar la neutralidad con la Reyna de Hungria sin di-
lacion.

Carlos cede honestamente á la dura necesidad ;
pero viéndose poco despues acometido por el ejército
Austriaco de Lobkowits, que persiguiendo al Español
ponia en contribucion el Abruzo, violaba la neutrali-
dad, y conspiraba nada ménos que á destronarle:
sin pérdida de tiempo se dispone á rechazar la fuerza
con la fuerza; une sus tropas á las del Conde de Ga-
ges: busca á Lobkowits, le persigue, le alcanza en
las inmediaciones de Roma, y le derrota siete mil
Alemanes en Veletri, donde dos meses despues le sor-
prende, aunque inútilmente, el mismo General Aus-
triaco. Paréceme que estoy viendo todavía en Ve-
letri el palacio Gineti, donde se alojaba entónces
nuestro Soberano, el jardin, las viñas y las laderas
por las quales tuvo que atravesar á media noche para
ordenar su tropas, defenderse, hacer prodigios de va-
lor.

Festigo

lor, y rechazar al enemigo, que con pérdida de cinco mil hombres, se retiraba indignado, al ver que Carlos le arrebatava de las manos una victoria que habia tenido por segura. El Rey entra en Roma, acompañado de sus Generales y Próceres: apéase en los jardines del palacio Quirinal, endonde se enseña todavía á los curiosos el primoroso Gabinete, en el qual le recibió el Gran Papa Benedicto XIV, y tiérnamente le abrazó. Toda aquella Capital del orbe christiano se púso en expectacion, y no parecia sino que se iban á renovar los bellos dias de los triunfos de Scipion, ó Germánico.

Santificó la guerra quando por fallecimiento de Fernando VI, el Pácífico, nuestro muy amado Soberano, y muy amado hermano suyo, se ciño Carlos todas las veinte y dos Coronas, y empuñó el cetro del Imperio Español, y de las Indias; pues aunque solicitado por la Francia, no quiso declararla á la Gran Bretaña, hasta que esta Potencia, resentida del Pacto de familia que habian ajustado entre sí los Soberanos de la Casa de Borbon, volvió á faltar al miramiento debido á tan gran Monarca por medio de su Embaxador en Madrid, exigiendo aquella famosa *respuesta Categórica*: como ni tampoco la declaró entonces á Portugal, hasta que conociendo quan infructuosas eran las amigables reconvençiones con que habia intentado apartar á esta mal aconsejada Corte de la ruinosá dependencia de aquella; rindieron nuestras tropas las plazas de Almeida y de Miranda en prendas de la apetecida paz... Y tú Havana, no hubieras llorado tu desgracia, si en diversas circunstancias que las de Cortés, no hubieras sumergido tu Esquadra en la bahía; pero en des-

qui-

quite, ¡ quanto no te honraste con las inmortales proezas que los esforzados Gonzalez y Velasco, como otros Macabeos, obraron en el fuerte Morro hasta dar el postrer aliento con envidia y admiracion del enemigo!

Santificó la guerra quando en las últimas hostilidades contra la misma Gran Bretaña no permitió el honesto corazón de Carlos III que fuese Potencia Beligerante la España, hasta que se halló agraviada como Mediadora. Están harto recientes los sucesos con que el Cielo coronó estas campañas para que yo me detenga en traerlos á la memoria; ni vosotros podeis haber olvidado el no visto punto de poder y grandeza á que llegó la Marina nacional, el denuedo con que nuestros combatientes recobraron en América tantos importantes establecimientos Ingleses, y en Europa la Isla de Menorca con el fuerte Castillo de S. Felipe de Mahon; y sobre todo la firmeza y perseverancia del Rey, puesta de acuerdo con el valor é intrepidez de sus tropas, durante quatro años continuos en el eternamente memorable sitio y bloqueo de la incontrastable Gibraltar.

Finalmente, santificó la guerra nuestro invicto Monarca quando para escarmentar á los Piratas Argelinos, y demas funestos enemigos del nombre christiano en el Africa, envió considerables fuerzas y repetidos armamentos que bombardeasen, incendiasen, y arruinasen aquellas bárbaras costas, desagraviando así á los Reyes, y vengando al género humano. Bendixo el Dios de nuestros Padres estos conatos generosos concediendo á la virtud del Rey los frutos mas opimos de la paz, y el consuelo de haber dexado la cautividad cautiva. Mirad al Soberano poderoso de la Mauritania constantemente adicto, apasionado, y por

C

de-

decirlo así, enamorado de nuestro **Cárlos III**, y respetando sus intereses como los suyos propios. Mirad á la altiva Regencia de Argel y otras Berberiscas del Mediterráneo reconciliadas por último y comerciando con la España, cosa que jamas se esperó, aunque **Isaías** habia dicho, que habitaria el cordero con el lobo (*Isai. l. 6.*). Mirad al soberbio Sultán al orgulloso Potentado Otomano de Constantinopla, hecho por la primera vez el aliado y amigo de un Rey de España; las vanderas de Leon y Castilla tremoladas en el Archipiélago; los vageles de nuestra Marina surcando el Bósforo de Tracia, penetrando los Dardanelos y libre la navegacion á los lugares santos de Palestina por medio de las Mahometanas medias Lunas. Mirad los Legados, Ministros y Embaxadores de estas Potencias alienígenas, y los de las Christianas, acudir á Madrid presurosos para tributar sus dones y rendir sus finos obsequios á un Monarca de tan gran concepto y opinion; á un Monarca, que en estas últimas revoluciones de la Holanda ha sido el Arbitro y el Pacificador de la Europa: á un Monarca, á quien el célebre Federico en Prusia no apellidaba sino *El hombre de bien sobre el Trono*. Así fué como el Señor hizo Honesto á nuestro amado **Cárlos** en el uso de las fuerzas que le habia confiado; así lo resguardó de sus enemigos, y no lo expuso á tan duros combates sino para que venciése.

Y si **Cárlos** fué tan honesto en el terrible derecho de las armas; que innumerable honestidad no manifestaria en las demas acciones de su soberana conducta!; En donde hubo Príncipe que uniese con enlace mas noble la Magestad á la Humanidad: la Magnificencia de Rey á la sencillez de Christiano: el

resplandor de la Púrpura á la simplicidad del trage? Si la idea de su poder y de su grandeza podia intimidar reverencialmente al vasallo ántes de verle; su halagüeña vista le llenaba al instante de seguridad y de confianza, con aquella presencia apacible, aquellos labios amablemente risueños, aquel semblante sereno, aquella frente augusta donde se pintaba la franqueza y la honradez, aquella boca de oro que jamas se desplegó para decir á nadie una sola palabra desabrida, ni para quejarse de los que le servian aun quando le incomodaban. ¿ Daba la hora determinada para executar alguna cosa? Pues él era el primero que se hallaba pronto, y nunca se aguardó por el Rey. ¿ Quería hacer alarde de su suprema autoridad? Pues no espereis que la hiciese resplandecer sino en el Divino privilegio de perdonar, de conceder mercedes, de repartir gracias, de honrar á la Nobleza con títulos, de remediar las públicas necesidades.

Por otra parte; con que indiferencia, y aun no sé si diga, con que aversion no miraba todo lo que solo olia á vanidad mundana, á pompa, á aparato de Corte, á fausto, ostentacion, representacion, etiqueta, y á ceremonial de su eminente Gerarquía! Entónces era quando la honestidad de Cárlos como que se mortificaba con su propia grandeza, y acudia con una bondad inexplicable á echar no sé que velo de pudor y modestia sobre la soberanía y la magestad. Añadid á esto su inata oposicion al luxo, al regalo, á la liviandad de las modas, á la ridícula afectacion y afeminacion de los nombres en el peynado y el vestido, á las diversiones voluptuosas y sensuales de los mundanos. Léjos de los espectáculos lisongeros del teatro: léjos de las Sirenas que encantan en las orquestras y las ópe-
ras.

ras: léjos de los saráos y los festines bulliciosos propios de los espíritus superficiales é insensatos: todo su recreo (bien lo sabeis vosotros) consistia como el de los primeros Héroes, que purgáron de monstruos la tierra y fuéron adorados de los hombres, en el cuidado tranquilo de la pesca en los rios, ó en el penoso ejercicio de la caza en los bosques: despreciando las nieves y las lluvias, desafiando los calores y las tempestades: vida austera, que siendo la imágen antigua de la guerra la profesáron siempre los mas famosos Príncipes: vida inocente que era la del primogénito de Isaac, cuyos vestidos no exhalaban sino la fragancia de un campo ameno y florido: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni* (*Gen. 27. 27.*) Y como los Gentiles hombres y Gefes de palacio imitaban en esta honestidad y simplicidad del vestido á su Soberano, casi no se podia decir entónces lo que aseguraba el Bautista de los Palaciegos: Esos que se visten con delicadeza viven en los Reales palacios: *Ecce qui mollibus vestiuntur in domibus regum sunt*. Añadid su inclinacion á preferir sin aceptacion de personas para los empleos y dignidades de importancia el mérito modesto y el talento en donde quiera que lo descubria; su firmeza en sostener á sus Ministros contra las tramas y caidas tan ordinarias en otros reynados y en otros reynos; y su munificencia verdaderamente Real en remunerarlos. Otros Monarcas han sido los Reyes de los Grandes; otros los Reyes de los Militares; otros los Reyes de los Privados, Favoritos y Validos: Carlos III. há sido el Rey de los hombres de mérito y virtud, en cuyo obsequio y beneficio instituyó su distinguida Orden Real: *Virtuti et merito*.

Ni se presume que esta preciosa honestidad era una

una pura virtud de ostentacion. Penetrad en lo mas interior de su gabinete: introducidos en lo mas secreto de su vida privada, en aquellos instantes libres en que los Príncipes, depuesto el peso de la magestad, se desquitan de su embarazo, en que son pocos los hombres que pueden sostener dignamente un severo examen de sus acciones: pues aún en este mismo retiro, yo no os esconderé su honestidad: *Honestatem illius no abscondo* (*Sap. 13.*). Hallaríais un Señor manso, benigno é indulgente, no solo para aquellos magnates á quienes honraba con su soberana benevolencia, sino aún para los mas ínfimos criados de su comitiva y de su Corte. El los creía á todos necesarios para su felicidad, y se apesaraba cada vez que perdía alguno de su servidumbre. " Vuestra Magestad há perdido un buen Vasallo " le decian en la muerte de su Sumiller de Corps. *Y bien podeis añadir* (respondió el Rey) *que tambien hé perdido un buen Amigo: ;* que expresion! expresion, que en la boca de tan gran Soberano no puede dexar de mover á admiracion y á ternura.

Hallaríais una perpetua igualdad de ánimo, imágen, y preludio de la Bienaventuranza, con la qual dueño Cárlos de sí mismo, sabia mandar en sus pasiones. Hallaríais en sus ocupaciones ordinarias aquella honestidad, aquel órden invariable, aquella sábia distribucion del tiempo que recomendaba el Apóstol: *Omnia honestè, et secundum ordinem fiant* (*1. Con. 14. 40.*); y que uniforme como el Sol en las quatro Estaciones de su curso, alternaba Cárlos con él las quatro jornadas del año en sus Reales Sitios. Hallaríais, que sóbrio, parco y arreglado en la comida y la bebida, jamas se excedió en la cantidad, y muy poco varió en la qualidad. Hallaríais una extremada delicadeza

deza en todo quanto podia interesar á la mas delicada de las virtudes, á la castidad, á aquella celestial pudicicia, que se llama Honestidad por excelencia, y que para reynar se sentó con nuestro Monarca en el Trono: virtud que hizo á Carlos III mas fuerte que Sanson, mas sabio que Salomon, mas fiel que David: virtud por cuyo amor se mostró siempre terrible é inexorable el mas benigno de los Reyes. Hallariais que en su Alcoba, al lado de la cama, nada sobresalia tanto como el Reclinatorio para orar, un libro de oraciones para leer, la devota pintura de un *Ecce Homo*, dádiva del Papa Clemente XIV, y el Retrato del humilde Siervo de Dios Fr. Sebastian de Jesus Sillero, Religioso Lego de S. Francisco. En suma; que exáctitud en las reglas de justicia! Que fidelidad en la memoria! Que rectitud en la conciencia! Que verdad en los sentimientos! Que candor en el trato! Que disposicion, como queria S. Pablo, para todo lo que era santo, para todo lo que era justo: *Quaecumque sancta, quaecumque justa*; para todo lo que era amable, para todo lo que era de buena fama: *Quaecumque amabilia, quaecumque bonae famae.* (*Philip. 4. 8.*)

¿ Y por que no convidaré yo ahora á los corazones sensibles con el delicioso espectáculo de esta misma honestidad de Carlos III en el centro de su augusta familia? Hijo sumiso; que respeto reverencial no tuvo á los Reyes sus heróicos Padres, señaladamente á la Reyna su Madre, que habia sido para él mas que Madre, y mas que Reyna! Hermano cariñoso, ¿ con que fineza no amó á todos sus hermanos, en especial á las Reynas de Portugal y de Cerdeña, á quienes me consta que nunca dexó de escribir en todos los correos de su propio puño ! Esposo fiel y tierno; con
que

que afecto entrañable no trató á su esclarecida y digna consorte la Señora Reyna Da. María Amália de Saxonia, á quien estimó no solo como á la mas amable compañera de su Trono, sino como al mas admirable dechado de virtud, religiosidad y discrecion! Padre amoroso; con que dulce conmocion de sus entrañas no se veia rodeado de sus hijos como un olivo frondoso de sus renuevos, y les daba todos los dias á todos juntos en su Real Cámara la bendicion paternal! Abuelo sensible; con que júbilo de su alma no recibia la noticia del nacimiento de sus queridos nietos, que aseguraban la duracion de su prosapia! Así, Carlos era el primero que los recogia en sus brazos, el que los estrechaba amorosamente contra su pecho, y los presentaba á la corte rebozando alegría. El era el que en el Sagrado Bautismo los sacaba de pila, y les imponia los nombres de los Santos. El era el que los iba á ver, y casi á arrullar en su cuna todos los dias, y á recibir las primeras gracias y caricias de sus inocentes halagos.

¡Grandes felicidades! Pero felicidades del mundo, que no dexáron de mezclarse con grandes amarguras. Carlos lloró la muerte de todos sus hermanos: vió morir arrebatadamente á algunos de sus mas queridos hijos: vió expirar entre su brazos, casi recien llegado á España, á la Reyna su Esposa única, su amada única, á la virtuosa Amália, digna de una mejor fortuna, si las fortunas de la tierra fueran alguna cosa: vió agostarse por quatro veces, como otras tantas tiernas flores de Lis, á aquellos adorados Infantes nietos suyos, apoyos de su Trono, y segundas esperanzas de la Nacion. Y siendo tambien Padre de la gran familia de sus vasallos, que amaba como á sus propios hijos, y

de

de quienes se complacia en ser amado; quantos sinsabores y cuidados no le ocasionó, durante algunos dias la primogénita y predilecta de toda las Villas de su Reyno!.....¿ Pero que hago? No quiera Dios que yo venga á inquietar ahora con las memorias de aquellas turbaciones las cenizas de nuestro difunto Rey Sepúltelas un perpétuo olvido, así como el mismo Rey generosamente las olvidó. Y si por motivos recónditos.....; O suceso! O Templo en que me hallo! O Sociedad de Regulares..... Ah! No, á nosotros no es lícito profundizar este soberano secreto: *Sacramentum regis abscondere bonum est*: y nos bastará el considerar, que no costaría ménos al corazon del mas piadoso de los Reyes aquel golpe de suprema autoridad, que le costó al antiguo Cónsul Romano el sacrificar un hijo propio á la tranquilidad del Estado (4).

Ultimamente, Señores, no solo habia adornado el Cielo á nuestro ínclito Monarca de esta honestidad de costumbres, sino que como á Rey verdaderamente Católico, lo dotó de la mas sólida piedad, imprimiendo en su alma los mas profundos sentimientos de Religion. Esta piedad fué la que le obligó á poner todos sus Reynos de España y de las Indias baxo el Patronato General de María Santísima en el devoto Misterio de su Concepcion immaculada: ésta, la que le movió á consagrar al patrocinio de la misma Señora concebida en Gracia su distinguida Orden Española de Carlos Tercero, así como habia puesto en Nápoles la otra Real Orden que instituyó, baxo los auspicios de S. Genaro: ésta, la que há influido en que la mayor parte de los muchos es-

(4) El Templo en el qual se decia esta Oracion fúnebre habia sido de la extinguida órden de Regulares.

establecimientos útiles, que se han visto en la Monarquía, no tomasen otro nombre que el de San Carlos. Además de esto; que respeto tan inviolable el suyo por todo lo relativo á la pureza del culto Divino y de la Fé! Que zelo por las piadosas observancias, sin exceptuar los ayunos de la Iglesia! Que exemplos de devoción, de recogimiento y compostura no daba á toda la Corte, y á todo su pueblo mayormente quando adoraba á su Dios Sacramentado; De cuya ardiente devoción será suntuoso monumento aquella admirable y rica Custodia, colocada en su Real Capilla, obra de mas de veinte y cinco millones, y para la qual él mismo daba por sus manos los papelillos de diamantes y otras piedras preciosas. Será monumento el primoroso Cáliz que acababa de regalar á Nuestro Santo Padre Pio VI, como la primera halaja que mandó fabricar así que se descubrió en España el modo de hacer maleable la Platina, aquel nuevo metal de qualidades tan preciosas como el oro, y de cuya única mina solo son poseedores en la América Meridional nuestros Monarcas. Y al llegar aquí, yo no puedo ménos de exclamar: ¡O glorioso espectáculo el de la Magestad sometida á la Omnipotencia! Si, Dios Excelso, si. Yo sé muy bien que el rendimiento humilde de una alma sencilla y virtuosa es á vuestros ojos mas apreciable que todas las coronas de la tierra; pero perdonad el que nuestra débil imaginacion nos represente mas grande vuestra Omnipotencia, quando la Magestad de un Rey que os adora se dexa ver en vuestro Divino acatamiento como anonadada: quando os adoraba nuestro Rey. — Hemos visto hasta aquí á Carlos el Honesto: acabemos de ver á Carlos el Rey Patriótico.

Aunque los Geógrafos solo toman la Patria por el lugar del nacimiento, es constante que los hombres mas advertidos no ignoran que esta halagüeña voz se deriva de la palabra *Padre*, la qual expresa una íntima relacion á Hijos, y por consiguiente una voz que encierra, el concepto de Familia, de Sociedad y de un cuerpo de que somos miembros, y cuyas leyes afianzan nuestra libertad y fortuna. Por eso los Griegos y Romanos no conocian cosa tan amable como la Patria, tan sagrada como la Patria, ni por la qual fuese tan dulce morir como por la Patria. En los dias de Trajano (el Emperador mas semejante á Carlos III que tuvo Roma) las mugeres se congratulaban de haber dado hijos al Estado, los jóvenes se empeñaban en ilustrarle con sus hechos, y los viejos como que se remozaban para poder servirle: todos exclamaban: ¡O gloriosa Pátria, ó glorioso Emperador! Y todos daban al mejor de los Príncipes el mejor de los títulos, qual era el de Padre de la Patria. Mas ¿que digo el mejor de los títulos? otro hay todavía mas sublime, mas excelente: el de Rey Patriótico, que Carlos III há merecido. Porque, si en el epiteto de Padre de la Patria se envuelve no sé que concepto severo de pátria potestad, de natural independendencia y de prioridad de existencia y de poder; en el ditado de Rey Patriótico, solo resplandece la idea agradable de Amigo de la Patria, de Amante de la Patria, de Hijo afectuoso de la Pátria, que funda su gloria en verla feliz, y su placer en hacerla toda especie de beneficios.

Carlos, por dicha de la Nacion, habia nacido en Madrid: habia pasado los alegres años de su primera

27

juventud en España: debía su educacion christiana, y los tempranos progresos de su razon á los Españoles: habia salido para Italia acompañado de ellos, habia triunfado con ellos, habia sido Rey por ellos, y esperaba serlo para ellos. Así el amor de la Patria fue como una modificacion de su propio ser, una segunda naturaleza, y una pasion dominante á que no sabia resistir. Por eso, despues de haber negado una vez el permiso para que se iluminase su palacio de Madrid con ocasion de unas fiestas Reales, dando por motivo que eso solo le tocaba al vecindario: como le hiciese presente su Ministro, que no le tocaba ménos á S. M. en calidad de primer ciudadano de aquel pueblo; al instante se rindió á tan poderosa reflexion, y mandó executar como Ciudadano, lo que habia repugnado como Rey. En Nápoles; no era uno de sus mayores consuelos el recibir, tratar y honrar á los Españoles? Las grandes cosas que en aquel Reyno executó: tantas obras públicas, palacios, jardines, teatros, castillos; paseos, hospicios, y aqueductos con que lo decoró, tantos preciosos monumentos de la remota antigüedad con que atraxo á Portici toda la atencion de la Europa, luego que sacó de las entrañas de la tierra aquellas dos Ciudades del Herculáneo, y Pompeya, que por una erupcion del Vesúbio en tiempo del Emperador Tito, habia mas de 1600 años que yacian sepultadas, y como que esperaban el reynado de este segundo Tito (las delicias del género humano) para resucitar: todas estas maravillas, de que oíamos hablar entónces, eran, á la verdad unos ensayos, y como unos seguros presagios de lo que habia de hacer en su propia patria algun dia: *Quanta audivimus facta in Capharnaum, fac et hic in patria tua. (Luc. 23.)*

Hízolo con efecto, y el Reynado de Carlos III se puede llamar el de la Renovacion de España; Que abuso no se há reparado? Que reforma no se há emprendido? Que mejoras no se han dispuesto? Pero, Señores, el tiempo me estrecha, y la materia de este Elogio se me presenta sin horizontes. Conozco que ahora debia empezar. Que la Monarquía haya convallecido, y sea lo que debe ser; que el ardor marcial, herencia de nuestros Padres, se haya hecho mas sabio; que una educacion pública mas regular prepare una generacion mas feliz; que las Leyes se muestren mas humanas; que á la voz de Carlos eleven los valles sus quiebras, y humillen los montes sus cumbres para los Caminos; que los rios abran sus cauces para los Canales; que la coronada Madrid salga del abismo de la inmundicia y obscuridad á la luz del mas puro esplendor; que los Reales Sitios hayan llegado á ser Ciudades; que la infestada Sierra Morena se pueble y convierta en amenos campos; que los Correos terrestres y marítimos faciliten las correspondencias; que se erijan Consulados, Pósitos, Montes-pios, Hospicios, Juntas de Caridad, y Casas de Misericordia; que se eleven Templos, Monasterios, y Seminarios; que se disipe la supersticion, tan injuriosa á la razon como á la Fé: que lo que hicieron los Médicis en Italia, y Luis XIV en Francia, lo haya hecho en España Carlos III, reformando los Estudios de las Universidades, dando mejor método á los Colegios, haciendo florecer las Humanidades, auxiliando las Ciencias, domiciliando la Historia Natural, y la Botánica, protegiendo las Nobles Artes... Todas estas innumerables ventajas que la Patria debe á este Rey Patriótico, sean allá del cuidado de la Historia y de los

Sábios el celebrarlas dignamente. Hay otras glorias, que no debo callar á mis oyentes, y que le interesan mucho mas.

El Cárlos há sido el Fundador, el Protector, el Honorador de las Reales Sociedades de Amigos del Pais: porque deseando que baxo su feliz gobierno prosperasen las fábricas, la industria, las manufacturas, los oficios, el comercio, las artes, especialmente la mas respetable de todas, la Agricultura, el arte que crió el Altísimo; no contento con haber aplicado sus desvelos á promover estas riquezas fundamentales de un Estado con tantas providencias, establecimientos, premios, y auxilios; quiso que estos cuerpos Patrióticos fuesen en cierto modo los Coadjutores y Cooperadores de la felicidad pública, y de sus Soberanas intenciones. Consideraba que los Estudios Económicos son los que influyen mas de cerca en el bien nacional, difundiendo los conocimientos precisos; y queria que los Nobles, los Eclesiásticos, los Ciudadanos honrados mas amantes de su pais, juntándose con frecuencia y sin etiquetas como buenos Amigos tuviesen ocasiones de conferenciar sobre sus mas caros intereses; hiciesen útil su propia ociosidad; ilustrasen con el consejo, con el exemplo, y con el trato á los demas vecinos; excitasen con premios la pereza y la emulacion; fomentasen las enseñanzas y escuelas; intentasen experimentos, y ayudasen al labrador, al fabricante, al artífice, al maquinista, al inventor. Quiso que estos mismos Cuerpos, admitidos baxo su inmediata proteccion Real fuesen otros tantos nuevos conductos por donde los pueblos pudiesen acercar sus representaciones al Trono. Quiso, que sus muy amados Hijos fuesen tambien patriotas y honrasen con sus augustos nombres la lista de los Sócios de la Sociedad Económica de Madrid.

Quiso, que sus Serenísimas Hijas hiciesen esto mismo en la otra Sociedad de Señoras principales, que aprobó, para que con dependencia de aquella, entendiesen en la Corte sobre la modestia de los trages las labores, y la educación de su sexô.

Real Sociedad de la Gran Canaria, tu agradecimiento, tu patriotismo y tu dolor son los que en este instante publicarán, mejor que yo, de quantas especiales mercedes son deudoras todas nuestras Islas á tan Patriótico Rey. Cárlos fué el que no sin dispendio de su Erario, extinguió aquella moneda fatal, que circulaba en nuestro comercio, y por cuyo remedio habian suspirado nuestros mayores casi dos siglos. Cárlos fué el que en la triste calamidad del año de 71, socorrió á las Canarias con quarenta mil pesos, y dos embarcaciones de trigo. Cárlos fué el que mandó, que no se suspendiese para ellas el correo mensual de la Coruña, por mas que saliese gravada la Real Hacienda. Cárlos fué el que á vuestras particulares instancias libertó de contribuciones las legumbres que salian de aquí para Cádiz, y redimió nuestra pesca de Africa de toda suerte de derechos. Cárlos fué el que tomó baxo su proteccion vuestra Escuela pública de Dibuxo. Cárlos fué el que extendió el libre Comercio de la América á todas nuestras Islas. Y Cárlos fué el que dixo en cierta ocasion á uno de sus Secretarios de Estado: (5) *Tengo muy presente, que en las pasadas ocurrencias, todas las Provincias de mis Reynos me diéron algo que sentir, ménos las Canarias.*

Pero este Honesto Cárlos, este Rey Patriótico ya no existe, Una Constelacion adversa hizo mas que infausta la última Jornada del Escorial. Aquel azote que

(5) *Al Excelentísimo Señor D. Manuel de Roda.*

no conoció el género humano durante muchos siglos, y que há sido tan fatal para la Casa de Borbon, junta en un mismo sepulcro en el término de veinte dias las cenizas de la Madre, del Hijo, y del Esposo: de la Señora D. Mariana Victoria de Portugal, del niño Cárlos recién nacido, y del Serenísimó Señor Infante D. Gabriel, aquel gallardo Príncipe, jóven amable é interesante, Mártir generoso de la piedad conyugal... Yo los seguiré bien presto, díxo el Padre amoroso, traspasado su corazón con la flecha emponzoñada de tal suceso. Cárlos vuelve á Madrid el dos de Diciembre por la última vez, quando ya la invisible guadaña de la muerte estaba suspensa sobre su augusta cerviz. Póstrase el dia siete en la cama: asústanse los Médicos, constérnase la Real familia, contúrbase la Corte. En este estado, no penseis que el terror abata la magnanimidad religiosa de vuestro Rey. Dios de los Reyes, Dios de las Virtudes, pues es baxo estos títulos que Cárlos ós invocaba, venid á este palacio que la honestidad, la inocencia, y la justicia hicieron vuestro Templo. El Patriarca de las Indias llega con el Sacramento adorable de la Salud y viático de la eternidad. ¡Que momento para la religiosidad de un Rey tan Católico! El mismo Monarca pide aquel último Sacramento de tanto consuelo para la Fé, y tan temible para la Naturaleza. El Ungido del Señor presenta á la Santa Uncion sus miembros moribundos; bendice como Jacob á todos sus hijos, despídese para siempre de su amada familia, encarga á su heredero el zelo de la Religion Católica, y el amor mas tierno á sus Vasallos, reparte su bolsillo secreto con los pobres; y sus últimos suspiros son suspiros de penitencia, sus últimas palabras son palabras de confianza en la Divina Misericordia: *Quoniam rex sperat in Domino, et in misericordia Altissimi non commo-*

debitur. (-*Pf.* 20.) En fin **Cárlos III** rinde su espiritual Criador el día 14 de Diciembre en su misma Patria, en médio de la mas profunda paz, á los 72 años, 8 meses, y 24 dias de su edad, y á los 29 de su glorioso Reynado en nuestra España, despues de haber reynado en Nápoles otros 25, cediendo su nombre, su corona, y sus virtudes á **Cárlos IV** su digno Sucesor.

¡Y que preciosa no es una muerte tan christiana sobre el trono! Ser digno de vivir, y ser digno de morir! Ser digno de reynar en la tierra, y ser digno de reynar en el Cielo! Si: los laureles de este invicto Monarca se secarán, las artes útiles que há promovido, las leyes sabias que há promulgado, los grandes monumentos que há erigido, esta vasta Monarquía que le adoraba, todo, todo se acabará por último; pero en medio de tantas ruinas, le quedará siempre á **Cárlos** un título, el título de Católico: un mérito, el mérito de las buenas obras: y este título y este mérito le darán por una corona caduca y perecedera una corona inmarcescible é inmortal. Si, Dios mio: yo espero que su alma se habrá salvado, y me fundo, no en la magestad y el poder, que solo es miseria y vanidad en tu Divino acatamiento, sino en aquella honestidad religiosa que formó su carácter: me fundo, en aquella Fé pura é inalterable, en aquella fidelidad constante con que practicó las máximas del Evangelio: me fundo en las fervorosas oraciones y sacrificios de sus fieles vasallos, y en el clamor universal, que me parece se levanta en toda la Iglesia de España, y os dice: Señor da la salvacion á nuestro difunto Rey: Señor óyenos en el dia en que te invocáremos: *Domine salvum fac regem, et exaudi nos in die qua invocaverimus te.*

Así sea.